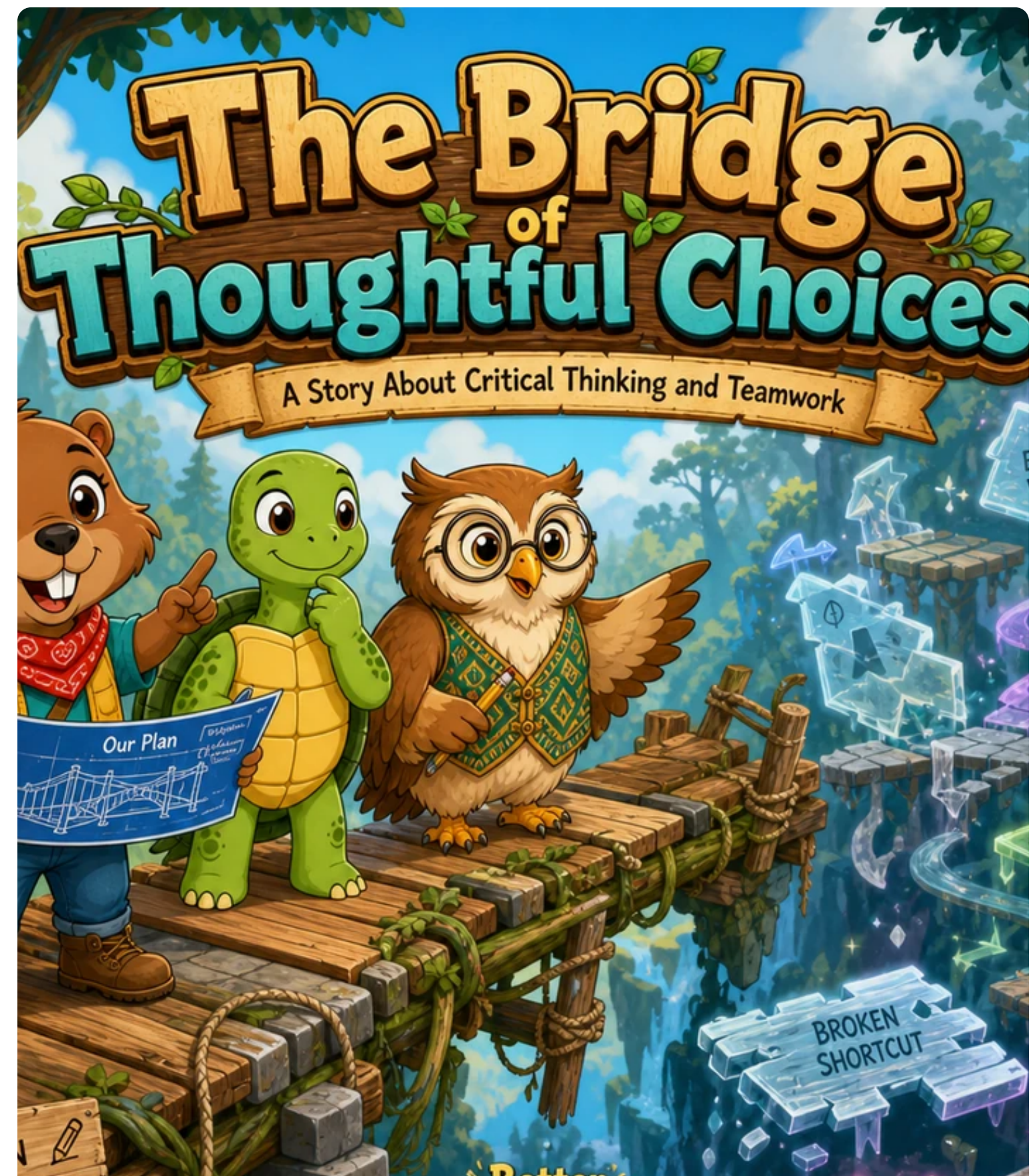




El puente de las respuestas prestadas

VIVIANA LANCHEROS



En la Escuela del Roble, la joven castora Viviana recibe su prueba final antes de graduarse como educadora: ayudar a un grupo de pequeños animales a cruzar el río antes de que comience la temporada de lluvias. La directora le advierte con dulzura que no solo evaluará el resultado, sino la manera en que escucha, toma decisiones y reacciona cuando una respuesta preconcebida no funciona.



El sabio búho Aurelio le entrega el plano de un puente legendario que ha resistido grandes tormentas, llenándola de alivio. Sin embargo, al llegar a la orilla, Viviana descubre que el río es más ancho de lo pensado, la madera indicada no existe en el lugar y el diseño no responde a las necesidades de sus pequeños acompañantes: la oruga Vera, el erizo Bruno, el conejo Timo, el ave Iris y la ardilla Valentina.



Poco después, la urraca María le muestra el vistoso diseño de un puente de otro bosque, insistiendo en que las buenas ideas jamás deben modificarse. Para confundirla aún más, el zorro Nilo le asegura que una verdadera líder debe resolverlo todo sola, pues usar ideas ajenas le impedirá demostrar si la decisión fue realmente suya.



Arumbrada por el deseo de demostrar autonomía, Viviana guarda los planos, rechaza la ayuda del grupo y comienza a construir sin escuchar observaciones. Horas más tarde levanta una estructura que parece firme, pero basta con que el conejo Timo intente cruzar para que uno de los soportes principales se hunda por completo en el barro.



Apesadumbrada por el fracaso, Viviana recibe la visita de Laura, una pausada tortuga que camina junto al río. En lugar de ofrecerle una solución hecha, Laura le formula preguntas profundas sobre las necesidades del grupo, el movimiento de la corriente y las razones detrás de sus elecciones, despertando en la castora una perspectiva totalmente nueva.



Viviana reúne a todos los animales y decide escuchar sus observaciones sin aceptar todo ciegamente. Valentina identifica ramas flexibles y resistentes a la humedad, Vera propone una entrada plana sin escalones, Bruno pide bordes firmes para descansar, Iris sugiere una cuerda elevada como guía bajo la lluvia y Timo recolecta piedras planas para afirmar la base.



Analizando críticamente lo aprendido, Viviana conserva la distribución de peso del plano del búho, adopta las plataformas de la urraca y aprovecha el aprendizaje de su intento fallido. Durante dos días trabaja codo a codo con el grupo, probando cada pieza, explicando sus decisiones y corrigiendo los errores abiertamente.



El resultado es un puente bajo, amplio y seguro, con acogedores espacios de descanso diseñados para cada habitante. No es una copia de planos antiguos ni una obra solitaria, sino una creación colectiva pensada especialmente para ese río y para quienes necesitan cruzarlo.



Cuando comienzan a caer las primeras gotas de lluvia y una plataforma se inclina levemente, Viviana decide no ocultar el problema. Detiene el paso de inmediato, revisa el soporte junto al grupo, refuerza la base de piedra desplazada y solo reanuda la marcha cuando comprueba que la estructura es totalmente estable.



Tras cruzar con éxito respetando el ritmo de cada uno, el grupo y la directora reflexionan sobre cómo las decisiones propias nacen de comprender lo que elegimos y colaborar con los demás. Desde aquel día, en la entrada de la Escuela del Roble permanece escrita una pregunta inolvidable: ¿Pensamos por cuenta propia cuando hacemos todo solos o cuando comprendemos por qué decidimos?